



**DENIS MUKWEGE**

**LA FUERZA  
DE LAS  
MUJERES**

Galaxia Gutenberg

---

DR. DENIS MUKWEGE

# La fuerza de las mujeres

El camino de esperanza y curación de un médico

Traducción de Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Power of Women. A Doctor's Journey of Hope and Healing*  
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© Denis Mukwege, 2021  
International Rights Management: Susanna Lea Associates  
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Gama, SL  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 132-2022  
ISBN: 978-84-19075-31-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

Los nombres de mis pacientes han sido modificados en la mayoría de los casos, salvo los de las personas que han renunciado a su derecho al anonimato o que se identifican en el texto como activistas públicos.

---

*Para mi madre, mi esposa, mis hijas y mis hermanas.  
Para todas las víctimas de la violencia sexual*

---

## Índice

Introducción. . . . .	15
1. Coraje materno . . . . .	23
2. Una crisis sanitaria entre las mujeres . . . . .	47
3. Crisis y resiliencia . . . . .	71
4. El dolor y la fuerza . . . . .	105
5. En sus propias palabras . . . . .	135
6. Hablar sin rodeos . . . . .	165
7. Luchando por la justicia . . . . .	197
8. Reconocimiento y recuerdo . . . . .	233
9. Los hombres y la masculinidad . . . . .	261
10. Liderazgo . . . . .	289
Conclusión. . . . .	321
Agradecimientos. . . . .	339
Notas. . . . .	341
Índice analítico. . . . .	351

**República Democrática del Congo - Kivu del Sur**



---

## Introducción

No es habitual que un hombre haga campaña a favor de los derechos de las mujeres. Yo lo sé muy bien. Lo he percibido al conversar con mis amigos, en los encuentros sociales, y ocasionalmente en mis reuniones profesionales. He advertido las miradas de perplejidad y las expresiones socarronas. Y de vez en cuando me topo con cierta hostilidad, declarada o implícita. A algunos mis decisiones les resultan sospechosas o incluso amenazadoras.

Recuerdo las cenas en los comienzos de mi carrera profesional, en el Congo y en Europa, cuando me llegaba el turno de hablar de mi trabajo. Yo contaba que era ginecólogo y que dirigía un hospital especializado en tratar las lesiones provocadas por las violaciones. Y que era un activista a favor de los derechos de las mujeres. A continuación, se hacía un silencio en la mesa, o bien algún comensal formulaba alguna pregunta adicional por pura cortesía, y después cambiaba de tema.

En aquellos momentos de silencio incómodo, también percibía las miradas de empatía de otros comensales: yo me imaginaba que estarían pensando: «Qué trabajo más terrible, y qué lucha con mi propia identidad». Adopté la estrategia de hacer hincapié en que también estaba felizmente casado y en que tenía hijos, como si eso me hiciera parecer más «normal» o facilitara relacionarse conmigo.

Después, al volver a casa, o a la habitación de mi hotel, me tumbaba en la cama, molesto por haber sentido la necesidad de justificarme. Es una sensación que le resultará familiar a cualquiera que haya sentido la punzada de no «encajar» del todo debido a su origen, a su identidad o a su experiencia.

Otras veces, las personas que me rodeaban se mostraban más directas. Recuerdo una conversación con un viejo amigo mío, un



político de mi provincia que había sido compañero de clase del colegio. Sus palabras se me han quedado grabadas en la mente durante todos los años transcurridos desde entonces. «Tengo la sensación de que desde que trabajas en violencia sexual has empezado a pensar como una mujer», me dijo en una ocasión. Aunque pueda parecer un cumplido, la intención de aquellas palabras era muy distinta.

Recuerdo la sensación de reafirmación y de afinidad que me invadió cuando descubrí los escritos y el trabajo de Stephen Lewis, un diplomático y activista canadiense, y un incansable defensor de las víctimas del SIDA/VIH en África, y de los derechos de las mujeres en general. Gracias a Stephen me di cuenta de que había otros hombres que pensaban como yo. Ahora le considero un amigo muy querido.

Alguien podría pensar que hoy en día, después de veinte años cuidando y tratando a las supervivientes de la violencia sexual, ya no tengo que explicar mis decisiones, pero estaría en un error. Y entenderlo no solo le resulta difícil a los hombres.

Hace unos años asistí a una reunión con una mujer que ocupaba un alto cargo de Naciones Unidas en Nueva York. Ella accedió a recibirme junto con otros activistas que trabajaban a favor de los derechos de las mujeres y de la resolución del conflicto que azota mi país, la República Democrática del Congo. Subimos a una de las plantas más altas del edificio y una vez allí nos condujeron hasta el despacho de la funcionaria, donde había una gran mesa de reuniones y espectaculares vistas sobre el East River y los barrios de Queens y Brooklyn al otro lado.

Una agresiva pregunta me pilló desprevenido: «¿Por qué está usted aquí hablando de los derechos de las mujeres en el Congo, y no una mujer congoleña?», me espetó nuestra anfitriona desde el lugar que ocupaba en la mesa. «¿Es que las mujeres congoleñas no son capaces de hablar por sí mismas?»

El motivo por el que yo estaba allí era justamente para pedir que Naciones Unidas apoyara las iniciativas para promover las voces de las mujeres en el Congo. Mi hospital y mi fundación han ayudado a las supervivientes a encontrar fuerza en la unidad, y han contribuido a que las mujeres desarrollen sus habilidades

para hablar en público y defender sus derechos. En las páginas de este libro usted conocerá a muchas de esas mujeres, que son una fuente de inspiración.

Cabría argumentar que la alta funcionaria de Naciones Unidas tenía razón al desconfiar de un hombre que pretendía reivindicar para sí una plataforma que les correspondía a las mujeres. Se trata de una cuestión legítima que yo siempre afronto con mucho gusto.

Por mi parte, siempre que me he sentido cuestionado, durante una cena o en los despachos de Naciones Unidas, vuelvo sobre mis convicciones más básicas. Yo defiendo a las mujeres porque son mis iguales –porque los derechos de las mujeres son derechos humanos, y me indigna la violencia que se inflige a mis congéneres. Tenemos que luchar por las mujeres todos juntos.

Mi papel siempre ha consistido en amplificar las voces de unas mujeres cuya marginación les niega la oportunidad de contar sus historias. Estoy a su lado, nunca delante.

Como usted tendrá ocasión de comprobar, en muchos sentidos soy feminista y activista por accidente. No había nada inevitable en mi trayectoria vital. Me propuse ser médico, lo que ya era de por sí una elevada ambición para un niño que nació en una chabola en una época en que el Congo era una colonia belga. Pero mi vida se ha visto condicionada por unos acontecimientos que no podía controlar, sobre todo por las guerras que llevan causando estragos en el Congo desde 1996, y en particular entre las mujeres, bajo la mirada mayoritariamente indiferente del resto del mundo.

Las circunstancias me obligaron a especializarme en el tratamiento de las lesiones por violación. Las historias de las pacientes que fui conociendo y tratando me empujaron a integrarme en una lucha mucho más amplia contra las injusticias y las crueldades que sufren las mujeres. El reconocimiento a mi activismo de base me ha llevado a dirigirme a usted a través de estas páginas.

Mi vida está entrelazada con mi país, asolado por las guerras. Su tumultuosa historia de explotación y de conflictos pide a gritos una comprensión mucho más amplia. Desde 1996 se ha consentido una metástasis irremediable de los terribles acontecimientos de

los últimos veinticinco años, el conflicto más mortífero desde la Segunda Guerra Mundial, con más de cinco millones de muertos o desaparecidos. He escrito este libro sobre la tragedia del Congo con la esperanza de animar a los políticos de Occidente y de otras partes del mundo a afrontarla, a trabajar por la paz y la justicia que tan desesperadamente desea el pueblo congoleño. Sin embargo, no he pretendido escribir una autobiografía, y menos aún un libro que pretenda explicar a fondo las guerras del Congo.

Este libro es un homenaje a la fuerza de todas las mujeres, y en particular de las mujeres que me criaron, me educaron y me inspiraron. Como usted verá en el Capítulo 1, empiezo por el principio del todo, con la mujer que hizo frente al peligro y la incertidumbre para parirme –y que tan solo unos días después tuvo que salvarme de morir por culpa de una infección–. La resistencia y la valentía de que hizo gala mi madre cuando nació solo puede compararse con su compromiso existencial conmigo y con todos sus hijos. Ella modeló las actitudes del joven en que me convertí, y también me empujó, sirviéndose ocasionalmente de las benevolentes artes de la manipulación materna, a perseguir mis sueños de ser médico. Mi madre fue mi primera heroína.

Junto con mi madre, en estas páginas hay muchas otras personas que me han emocionado por su valentía y su amabilidad, por su resiliencia y su energía. Entre ellas hay activistas, abogados o académicos, pero también pacientes mías, o supervivientes de la violencia sexual que he conocido durante mis años de trabajo en el Congo y en mis viajes a Corea, Kosovo, Irak, Colombia o Estados Unidos, entre otros lugares.

Puede que el telón de fondo parezca deprimente, ya que las vidas de muchas mujeres que aparecen en este libro se han visto ensombrecidas, al igual que mi propia vida, por la violencia. Pero cada una de esas mujeres es una luz y una fuente de inspiración, lo que viene a demostrar que los mejores instintos de la humanidad –amar, compartir, proteger a los demás– pueden triunfar en las peores circunstancias posibles. Ellas son la razón de que yo haya perseverado durante tanto tiempo. Son la razón de que nunca haya perdido mi fe y mi cordura, ni siquiera cuando lidiar con las consecuencias de la maldad amenazaba con arrollarme.

Antes de proseguir, quisiera explicar el lenguaje que he decidido utilizar. Se trata de un campo complicado, porque los términos y las etiquetas que utilizamos para hablar de las personas que han sufrido violencia sexual son relevantes, pero siempre imperfectos. Usted advertirá que utilizo los términos «paciente», «víctima» y «superviviente» para designar a muchas de las mujeres de este libro.

«Paciente» es el más neutro, y requiere pocas explicaciones. Todas las personas a las que he tratado son pacientes.

La palabra «víctima» resulta más problemática, porque se asocia con la debilidad y tiende a inspirar piedad. Puede hacer que la persona aludida parezca pasiva, y además «víctima» es lo contrario de la palabra «vencedor», con la que comparte la misma raíz latina.

«Superviviente» se ha popularizado para designar a todas las mujeres que han sufrido violencia sexual. Es una palabra más activa, enérgica y dinámica. Sin embargo, a muchas escritoras feministas también les parece problemática, pues consideran que equipara la violación con un suceso traumático que cambia la vida, como un intento de asesinato o un accidente aéreo. También puede reforzar las expectativas de que una mujer haya superado la experiencia y sus heridas, cuando es perfectamente posible que ella no lo sienta así.

He procurado utilizar esas distintas etiquetas en sentidos muy específicos y siempre que me han parecido las más apropiadas. Muchas de mis pacientes llegan siendo víctimas, que es como se ven a sí mismas. Han sido objeto de la modalidad más grave de agresión sexual, y a menudo de un intento de asesinato. En esos primeros momentos, ninguna otra palabra parece adecuada para hablar de unas mujeres que han sido apaleadas, violadas por un grupo de hombres, heridas por arma de fuego, mutiladas o privadas de alimento.

Sin embargo, utilizando su propia fuerza interior, nosotros aspiramos a convertirlas en supervivientes, en el sentido más exacto de la palabra. Queremos que sientan que han superado su terrible experiencia. Puede que sus agresores intentaran quitarles la vida o destruir su dignidad, pero nosotros hacemos todo lo que está en

nuestra mano para su restablecimiento físico y mental. Si una mujer ingresa sintiéndose una víctima, queremos que salga con la confianza de una superviviente. Ese proceso es la esencia misma de nuestro trabajo en el Hospital de Panzi, que fundé en 1999.

Llevo muchos años hablando con las supervivientes. Ellas han demostrado una gran confianza en mí al revelarme los más íntimos detalles de sus experiencias, sus sentimientos, sus miedos y sus esperanzas. A menudo ha sido una tarea angustiosa, pero lo que me empuja a ser activista es la convicción de que de todas esas penalidades puede sacarse algo positivo: haber podido contribuir, en nombre de las supervivientes, a hacer que el mundo sea un lugar más seguro para las mujeres.

Los últimos capítulos del libro plantean formas de combatir la violencia contra las mujeres, sacadas de mi punto de vista como médico que ha trabajado en una zona de conflicto y como activista que ha viajado mucho para escuchar a las mujeres del mundo entero. A lo largo de todo el libro animo a los lectores a contemplar el Congo, el país que a veces todavía se califica de «capital mundial de las violaciones», como una ventana sobre el ejemplo más extremo de la plaga mundial de la violencia sexual. Se trata de un problema universal que tiene lugar en los hogares y en las empresas, en los campos de batalla y en los espacios públicos a lo largo y ancho del mundo entero.

Mi experiencia me ha enseñado que las causas fundamentales de la violencia sexual, y sus consecuencias, son las mismas en todas partes. Como siempre, las diferencias entre nosotros, en términos de raza, nacionalidad, idioma y cultura, son mucho menos relevantes que todo lo que tenemos en común.

La lucha contra la violencia sexual empieza con su denuncia, tanto por las mujeres como por los hombres. En el mundo, una de cada tres mujeres ha sufrido violencia física o sexual en algún momento de su vida, según la organización ONU Mujeres. En Estados Unidos, casi una de cada cinco mujeres ha sufrido un intento de violación o una violación consumada a lo largo de su vida, según los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades. No podemos combatir la violencia sexual sin reconocer públicamente la cruda omnipresencia del problema.

Afortunadamente, cada vez más mujeres están rasgando el velo de silencio que envuelve esa cuestión, gracias a muchas décadas de trabajo de las organizaciones feministas y, más recientemente, al pionero movimiento #MeToo.

Sin embargo, el sistema de justicia penal les está dando la espalda a muchas de esas mujeres. A juzgar por el número extraordinariamente escaso de procesamientos por violación que llegan a buen fin, incluso en países con sistemas judiciales bien consolidados y libres de corrupción, a todos los efectos la violación sigue estando despenalizada en todo el mundo. En las zonas de conflicto, los soldados utilizan la violación como arma de guerra, y tienen aún menos motivos para temer acabar en la cárcel.

Hemos avanzado, sí, pero casi siempre solo sobre el papel, a través de unas leyes más severas en el ámbito nacional o en la legislación internacional destinada a proteger a las mujeres durante los conflictos. En todas partes las mujeres siguen teniendo miedo a acudir a la policía a presentar una denuncia por violación, o lo consideran una pérdida de tiempo. Más adelante examinaré las distintas formas en que los cuerpos y fuerzas de seguridad y los responsables de las políticas pueden ofrecer seguridad a las mujeres y, ante todo, disuadir a los violadores.

Aunque este es básicamente un libro sobre las mujeres, no es exclusivamente para mujeres. Tengo la ferviente esperanza de que lo lean personas de ambos sexos y aprendan de él. Necesitamos más participantes activos en la lucha por la igualdad de género. Los hombres no deben tener miedo a no ser comprendidos, ni sentir la necesidad de justificarse, como antiguamente me ocurría a mí, cuando den un paso al frente para defender a sus hermanas, sus hijas, sus esposas, madres, amigas y congéneres humanos.

Las mujeres no pueden resolver el problema de la violencia sexual por sí solas; los hombres deben ser parte de la solución.

Los hombres siguen dominando por abrumadora mayoría el poder político en todos los países, no solo a través de las presidencias, las jefaturas de gobierno y los parlamentos del mundo que promulgan nuestras leyes. Su influencia se extiende hasta la cúspide de los organismos religiosos y de las organizaciones a nivel comunitario que a menudo tienen más influencia en las

conductas y las actitudes personales que los distantes dirigentes de un país.

Para reducir la violencia sexual, necesitamos acción y compromiso a todos los niveles de la pirámide del poder en nuestras sociedades, desde lo más alto hasta la misma base. Además de considerar el papel de los dirigentes, dedico uno de los últimos capítulos a la importancia de lo que yo llamo «masculinidad y crianza positivas». Ahí explico que debemos educar a los niños de una forma diferente a fin de no perpetuar el destructivo ciclo de las relaciones entre ambos géneros que relega a las mujeres a la categoría de ciudadanas de segunda clase.

Mi trabajo es a largo plazo, y a veces frustrantemente lento. Como médico, puedo examinar a una paciente, diagnosticar el origen del problema, y a partir de ahí trabajar para resolverlo mediante un tratamiento o con cirugía. Como activista, me enfrento a una lucha para cambiar las mentalidades, las actitudes y las conductas. No es una batalla contra las enfermedades ni contra los fallos anatómicos, sino contra unos adversarios mucho más pertinaces: la discriminación, la ignorancia y la indiferencia.

Las satisfacciones llegan en escasísimos pero esperanzadores momentos de avance. A lo largo de mis quince años de activismo, la suma de esos momentos equivale a una mejora significativa de nuestra comprensión colectiva de la violencia sexual.

Mi esperanza es que este libro contribuya al avance de una de las causas más importantes de la era moderna: la campaña a favor de los derechos de las mujeres. Juntos, podemos hacer que el siglo XXI sea un siglo más igualitario, más justo y más seguro para toda la humanidad.